

Contemporánea

ANTONIO SKÁRMETA

La boda del poeta

DEBOLSILLO

La boda del poeta

Antonio Skármeta

www.megustaleer.com

para Nora y Fabián Cristóbal

La causa inmediata del levantamiento ilirio fue el reclutamiento forzoso ordenado el año 6 d. de C. por Tiberio con motivo de las invasiones germanas. Pero las causas más lejanas y generales es necesario buscarlas en el sistema de opresión aplicado por los romanos en todas las regiones ilirias, donde se habían construido caminos con el solo propósito de subyugar y explotar sin vergüenza a los propietarios del suelo. Los maliciosos se habían quedado hasta entonces tranquilos, pero cuando Tiberio marchó una segunda vez contra los celtas, y Valerio Mesala, entonces gobernador de Malicia, recibió la orden de formar un contingente con jóvenes en pleno vigor de sus fuerzas, los maliciosos no vacilaron más. Los jefes de la insurrección eran anónimos, o más bien los historiadores romanos y helenos no nos transmitieron sus nombres.

ANTUN DOMIC
Breve Historia de Dalmacia

La demanda por el vino de Gema duró hasta el tratado comercial de Austria con Italia (1891), que estableció la llamada cláusula del vino. Por este convenio Italia podía exportar su vino a los territorios austríacos en condiciones preferenciales. Esto inmediatamente repercutió en el mercado y los precios bajaron. Con ello las exportaciones cayeron significativamente. Desapareció el estímulo para la plantación de nuevas viñas. El vino producido se consumía casi exclusivamente en Costas de Malicia, y quedaba un gran sobrante. Los buques quedaron inmovilizados en los puertos y sin otros ingresos. Y para que la desgracia fuese mayor, la filoxera atacó los viñedos maliciosos en 1894 y gradualmente los aniquiló.

Debido a estas desgracias, los campesinos, en su mayoría vinicultores, sufrieron grandes pérdidas. En su desolación recurrieron a los comerciantes ricos y a los grandes propietarios para que los ayudasen. Sus escasos productos los vendían a bajo precio y por el dinero prestado pagaban fuertes intereses. Los préstamos usurarios empobrecieron aún más al pequeño campesino. Como ya no había tierra para otros cultivos, se vieron obligados a emigrar. Así la gente de Gema, que antes daba trabajo a otros, tenía ahora que ir ella misma a buscar trabajo en tierras lejanas y extrañas.

ANTUN DOMIC

Breve Historia de la Isla de Brac

¡Cuántas cosas se agitan en el corazón de una mujer que no son para ser mostradas a la clara luz del día!

HEINRICH VON KLEIST

Pentesilea

LA BODA DEL POETA

1

Érase una vez un tiempo pleno en una lejana isla de Costas de Malicia. Las uvas se hinchaban bajo el sol como luminosas campanas de iglesia, la lluvia era cual la visita de un familiar que nos da alegría cuando llega y felicidad cuando se marcha y las jóvenes doncellas tiernamente vetaban a sus fogosos novios hasta que el matrimonio los fundiese. Marta Matarasso era la más bella de sus hijas, y la isla hacía conjeturas, a veces en forma de apuestas, acerca del hombre que la desposaría cuando cumpliera los diecisiete años. Aún viven en ese lejano lugar nietos de algunos que quebraron lanzas por ella, bailarines con zapatos de charol, pescadores de piel cobriza, estudiantes más eréctiles que aprovechados, burócratas de corbatas y bigotes cursis y otras especies de difícil detalle.

Así como el buen Descartes proclamó que nada hay más bien esparcido que el sentido común, aquella lejana isla era la excepción. Los efluvios primaverales solían ser tan intensos, que los varones sólo se calmaban cuando llegaba el verano y los barcos traían a las playas harinosas suecas y ojerosas británicas que otorgaban con caridad liberal aquello que las lugareñas guardaban tejiendo mantelitos a crochet a la espera del momento «que la perla roja de su honor» coronara triunfal la noche de bodas, según la lírica de una tumbra que aún se escucha.

Aunque a nadie le faltaba nada, todos tenían poco, y para conquistar a las chicas los isleños no poseían otro capital que el ingenio. Pero mucho cambió cuando se abrió un inmenso almacén «europeo», al estilo de grandes tiendas del continente tipo Harrod's, Gath y Chávez, Temperley y Thompson, menos para atender a los lugareños, que sólo sabían ahorrar caspa en sus cabellos y hongos en sus pies, que para los distraídos esposos de suecas e inglesas

que compraban sus scotchs, habanos, champanes y camisas de popelina italiana sin pagar ningún tipo de impuesto.

Así se beneficiaban sólo el dueño del almacén y el gobierno central del que dependía aquella isla, situación que llevó a lugareños rebeldes con ideas federalistas a alzarse contra el imperio. Estos grupos llegaron a acumular hasta una docena de militantes. El primero de ellos estuvo muy activo hacia fines de siglo. Su líder José Coppeta fue recibido por la sede del Gobierno, donde el ministro de Tierra y Colonización le entregó sin más un pergamino según el cual cedía de buen grado la autonomía a la isla Gema con todos los derechos de una nación independiente, poder para generar su propia bandera, y hasta si lo querían, usar el dialecto local como idioma oficial.

Dice un testigo que el ministro se acercó a un mapa del país que pendía en su despacho, confeccionado en París, y le pidió a Coppeta que le señalara con un dedo dónde quedaba la nueva nación. Con orgullo, el rebelde indicó la isla de Gema a unos dos mil kilómetros de la capital, y el ministro sólo comentó «no es tan lejos ni tan cerca», frase sibilina que reflejaba alguna intención sin apuntar precisamente a ninguna.

Acto seguido le pidió a Coppeta que le diera sus nombres y apellidos completos, y dictó a su secretario un edicto, mediante el cual nombraba con esa fecha a Coppeta presidente del naciente país. Al preguntarle qué nombre le pondría, el presidente recién designado confesó con modestia que mantendrían el mismo apodo de la isla agregándole la expresión «República Independiente».

—República Independiente de Gema —saboreó en voz alta el ministro—. Suena bien.

La autoridad le sugirió a Coppeta que al cabo de un plazo prudente se hiciera elegir en elecciones democráticas, ya que los cargos designados por arbitrio tarde o temprano enfurecían a los fanáticos de la democracia, bestias que confundían las estadísticas con la inteligencia.

El presidente designado valoró el consejo, y disculpándose por la

falta de diplomacia, agradeció los pergaminos «desde el fondo telúrico de mi patria» y le comunicó al ministro que debía abandonar presto el gabinete pues si no perdería el barco que lo llevaría con las albricias de vuelta a su pueblo. El funcionario no sólo disculpó la comprensible prisa de su ex súbdito, sino que puso a su disposición una carroza para que lo llevara al puerto, y preguntó con cortesía, prometedora de agasajos, el nombre de la nave que lo conduciría a la isla. Coppeta extrajo el boleto y leyó en voz alta el apelativo de la nave: *Carontes*. El ministro sonrió abriendo con su gesto cada una de las piezas de su impecable dentadura, y dijo la enigmática frase: «Un nombre muy ad hoc.»

En una charla informal y romántica que tuvo José Coppeta bajo la luz de la luna en el *Carontes* con una turista alemana de lúcidos ojos verdes llamada Anna Dickmann desplegó para ella los pergaminos que proclamaban la independencia de su lar y su nombramiento como presidente.

Pero a la mañana siguiente, es decir a pocas horas de la idílica sesión bajo el plenilunio, con infinita falta de delicadeza, el capitán del *Carontes* Piotre Jeftanovic convocó a todos los pasajeros de las distintas clases y expuso ante ellos la cabeza de Coppeta separada del cuerpo por una presumible cimitarra turca. Adjuntando en forma grotesca el cuello a los omóplatos del difunto preguntó si alguien conocía a este hombre y si alguno de los presentes asumía el filudo asesinato. Anna Dickmann, incapaz de ocultar su horror, y estremecida de repentina viudez, dijo que nos encontrábamos frente a los restos mortales del presidente de la República de Gema y exigió los pergaminos que acreditaban su nombramiento.

El almirante Piotre Jeftanovic le pidió a la bella dama que se acercara a babor, y mostrándole dos barquitos de papel indujo a la turista alemana a que los arrojara al mar. En el azul tenaz de ese mar que había cantado sin exageraciones Homero, las frágiles embarcaciones se inundaron en pocos segundos.

—Me temo que éstos son los títulos presidenciales que le interesan, señora.

Según confesó *Fräulein* Dickmann años después de ocurridos estos incidentes, Jeftanovic le habría aplicado en la ocasión la siguiente frase cuyo sentido ella declara haber entendido tan bien, que sólo depuso este informe tras los funerales del almirante Jeftanovic diez años después:

«Me imagino que usted, consciente de su belleza, *Fräulein*, reconocerá que la armonía de su magnífico cuerpo se origina fundamentalmente en la unión de su cabeza con las yugulares. Sería altamente melancólico para usted y sus admiradores, que ambas piezas quedaran desarticuladas en su estética por una infidencia suya.»

Fräulein Dickmann perdió de súbito el tono cobrizo que había ganado en la primera etapa de su veraneo malicioso; sus exquisitas y sensuales pecas parecieron oxidarse de una plumada, y se apartó de esa, y toda otra investigación posterior, con una pragmática palabra germana: *Verstehe*.*

Este suceso tuvo para la psicología de los rebeldes de la isla un valor ejemplar. En la segunda gran rebelión contra el centralismo metropolitano, el encargado de plantear las reivindicaciones fue José East, un sastre hebreo vecindado en Gema por falta de codicia y erudición en anarquismo, y además excitable merodeador de Marta Matarasso, a quien quiso impresionar con un folleto de treinta páginas, publicado en tres ediciones de *La República*, sobre el sentido libertario de los Viejos Testamentos.

En el puerto principal del continente lo recibió el mero y mismo ministro de Tierras y Colonización, quien en vez de otorgarle uno o dos pergaminos, le dio un cheque en blanco con su firma y un abono al burdel Gudiza, templo donde East proclamó con amoroso empuje su energía sexual y las ideas revolucionarias de las escrituras entre las arrobadas discípulas, quienes le dieron una despedida de maharajá cuando un mes más tarde comprobaron que el cheque sí tenía fondos.

Con sabiduría ancestral East se abstuvo de volver a Gema y sus camaradas anarquistas escribieron en *La República* un artículo sobre el tema que consistía sólo de un título: «East se quedó en el West.»

2

La aureola profética de East excomulgada del horizonte hizo sentir a Stamos Marinakis, el primer dueño del almacén El Europeo, que el candidato más estridente en cortejar a Marta Matarasso se había autoexcluido del papel de potencial novio, y procedió a exhibir ante la bellísima doncella sus virtudes económicas y sus atributos físicos. Las primeras eran evidentes. Nadie en el Adriático, piratas incluidos, podía competir con su fortuna. Tulipanes holandeses, orfebrería de la Costa de Marfil, esmeraldas brasileras, chocolates vieneses, caviar iraní, zapatos italianos, fonógrafos RCA Victor La Voz de su Amo, fueron algunos bocadillos con los cuales despobló el potrero de aspirantes, consiguiendo desplazar bajo la humillación de la riqueza a media docena de ellos.

Tocante a los atributos corporales, no se puede negar que a la sazón Stamos Marinakis cultivaba un cabello con flecos sobre la frente que le daban un tierno aspecto de propaganda láctea para bebés, y que ocultaban de maravilla las profundidades de su apetito. Un botón de muestra del que fue inventor el propio alcalde de Gema, ciudadano de alma gentil y estilo epistolar lacrimógeno que salvaría de su soledad veinte años después a Jerónimo Franck, es aquel de la competencia en el arte de deglutir ostras, donde Stamos no contento con haberle hecho el servicio a ciento veinte piezas, procedió a comerse la última unidad de la bandeja con concha y todo. Sus dientes «tremolaron» según un artículo de *Mar y Futuro*, pero animado de una ferocidad jactanciosa «succionó la pétreo cobertura del molusco dejando pálidos a sus rivales».

Desde entonces, los isleños lo apodaron cariñosamente el Abrelatas. Vestido cual gladiador romano, camisas de petos alborzados con incrustaciones de filigranas y una humita de terciopelo que sabía levantar con gracia su nuez de Adán, Stamos se presentó ante

Marta Matarasso como un ser solar y prepotente, un empresario griego a quien la fatalidad había puesto a cargo de un «inmundo boliche» y cuyo único consuelo en esta tierra sería que la bella colmada de virtudes y regalos aceptara casarse con él y fundar una familia que diera progreso y gloria a la isla de nuestros ancestros.

En términos prácticos, le explicaron sus tías a la bella huérfana, le estaban ofreciendo ser la Reina de Costas de Malicia y le recomendaron evitar remilgos, pues los trenes expresos se detienen sólo una vez en la estación y después no vuelven.

Tanto sus pragmáticas tías, «que habían hecho grandes sacrificios para mantenerla», como los vecinos deseosos de asistir a la boda del siglo, hicieron oídos necios a la información que Mote Vranicic, oficial de presupuesto de la Escuela Rural Ade Faride, había puesto en circulación la misma noche que el Gema Express empatara a dos goles con el Turín de Italia, gracias a que Tadeo Moulian atajó un penal en el minuto ochenta y cinco al elenco visitante.

El match había sido tan intenso que a pesar de los barriles de cerveza vertidos a la vejiga nadie se animó a visitar los sanitarios y cuando el árbitro estableció el pitazo final los hinchas desbocados se precipitaron a los urinarios prácticamente corriendo con el miembro al aire. Mote Vranicic, al igual que el resto de los espectadores, no tenía otro deseo que deponer y cerró los ojos frente a la muralla carcomida de orines disfrutando de la dicha elemental de la evacuación. Ya a medio camino, y bajo los efectos de la urgencia superada, levantó los párpados sólo para descubrir al Abrelatas, que, con los ojos velados y en posición de éxtasis, lanzaba un chorro turbulento y eterno. No la mariconería, sino la simple curiosidad, llevó la vista del Mote de la cascada al órgano que lo emitía, y al ver su largura y grosor, sintió que el resto del líquido se le aconchaba en la garganta. Con esa herramienta, filosofó, Stamos Marinakis sería capaz de partir en dos no sólo a una ostra sino también un tanque.

Esa misma noche pudo comentar el incidente. El empate con un equipo de tantos pergaminos trajo a los isleños a la gloria y a los hinchas del Gema a las tabernas, donde una ronda de slíbovitz ali-

ñada con cerveza llevó al Mote a contar lo que acababa de ver con sus propios ojos y su lengua realista mágica. Para subrayar sus frases se cubría los párpados con las dos manos y movía la cabeza cual si quisiera desprenderse de una pesadilla. Los parroquianos retuvieron este dato, y si bien al comienzo atribuyeron el informe a una alucinación del oficial de presupuestos, no pudieron evitar en los días siguientes matizar sus adquisiciones en el almacén El Europeo con subrepticios pestañeos a la bragueta de Stamos.

En un pueblo sencillo y tradicional, los matrimonios bien constituidos aconsejaron a sus hijas no meterse nunca con el almacenero, y algunos estimaron de cordura liberal extender la recomendación a sus hijos varones.

«Mera envidia», determinaron con más voluntad que convencimiento las tías de Marta Matarasso. Si otros ciudadanos tuvieran la ocasión de que Stamos y su fortuna merodeara sus hembras, no les importaría que el hombre fuera un dromedario. De modo que cuando el hombre vino en plan más formal a pedir la mano de la hija, le dieron el sí a dúo y al unísono.

El dueño del almacén brindó de variadas maneras con las tías de la belleza, bebiendo el slíbovitz a gotas, y dando vuelta a veces la cabeza hacia la muchacha quien lo miraba fijo con la persistencia de una foto de calendario. Los colores del alcohol asomaron a las mejillas de las mujeres, momento del cual se prendió con delicadeza el pretendiente para solicitar autorización de retirarse algunos minutos a la terraza con la novia. Bajo el pálido toldo celeste de la modesta casa, Marta Matarasso lució tan naturalmente seductora que parecía una reina a quien visitaba un simple fogonero. Había algo intrínsecamente pálido en su cutis que la diferenciaba de las mancebas rurales cuyos rostros y narices parecían haber sido talladas a martillazos por el sol. Stamos anticipó imprudente cómo sabrían esos labios de mármol cuando él los animara con su robusta lengua de fuego.

Mojándose con ella la parte inferior de su mostacho, miró humilde a la chica.

—Quiero decirte que nunca en la vida te obligaré a nada. Y me-

nos a casarte conmigo si no lo deseas.

Ella lo miró con la curiosidad que un niño sigue los desplazamientos de un ciempiés.

—Yo deseo casarme contigo.

—¿Me encuentras atractivo?

La muchacha asintió con una sonrisa.

—Eres corpulento, tienes unos dientes bulliciosos, y una sonrisa burlona. Además está la plata.

Stamos creyó tragar medio litro de saliva antes de tomar agradecido la nívea muñeca izquierda de la chica.

—Tú sabes que se dicen cosas de mí —agregó el hombre cabizbajo y moviendo la punta de sus mocasines—. No quisiera omitir el tema.

—Algo he oído —dijo ella, con la vista fija en el mar—. Pero la gente dice tantas cosas.

El hombre carraspeó:

—Algo... Algo de lo que dice la gente es verdad.

—Cuánto... ¿Cuánto del algo que dice la gente es verdad?

Stamos arrastró con suavidad la mano de su prometida hasta la bragueta e hizo que la chica se formara una clara idea de su topografía.

—¡Cónchale! —exclamó la niña, mordiéndose la uña del índice de su mano libre. Luego trajo la mano santificada por la ciencia, la unió con la otra, y sobre ambas posó la frente como en un rezo.

—Lo siento —dijo Stamos emocionado por la turbación de la chiquilla—. No es necesario que se celebre la boda.

Marta Matarasso deshizo su pose y se tocó los lóbulos de sus orejas como para calmar el ardor.

—La boda no es el problema —arrastró lento las palabras mientras miraba al hombre con aire grave. En un destello se acordó que Stamos había comenzado su éxito comercial entre los nativos vendiendo sus mercancías a plazo. Asomando la punta de la lengua entre sus dos dientes centrales sonrió hasta que los ojos se le achina-